

caliente y templado: bien puede suceder que mientras tanto se descubra algún aparato que cumpla con todos los requisitos para utilizar tan precioso vegetal; y, si bien no podemos prometernos el tener en él un artículo de exportación seguramente duradera, puede concurrir al menos á aumentar ventajosamente la industria textil del país. Queremos decir tan sólo que nos parece muy ensato el dictamen expresado por M. Domiol en la sesión del 13 de junio de 1888 de la Sociedad Nacional de agricultura en París: "*qu' il faut se montrer tres réservé dans les tentatives de propagation de la Ramie*".

Creemos además que el agricultor ecuatoriano podría fijarse en otros vegetales de fibras textiles que, aunque no de tanto valor intrínseco, darán, sin embargo, mas seguros resultados.

L. SODIRO, S. J.



ADVERTENCIA.

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Al escribir algo sobre la "Lepra", enfermedad muy antigua, mal determinada y poco estudiada entre nosotros, no es otra mi intención que la de hacer constar algunas observaciones prácticas, que personalmente y no con poco trabajo las he tomado, tanto en algunos casos de mi práctica particular, desde estudiante, como ya de médico incorporado, y más todavía desde que tengo á mi cargo el lazareto de esta ciudad. La lectura de historias, viajes y observaciones de casos de lepra, recogidas por algunos eminentes profesores de medicina europeos y americanos, y el estudio constante y detenido que de esta enfermedad he seguido, me han hecho caer en la peligrosa, como ardua tarea, no diré de escribir un ligero tratado teórico y práctico de la lepra, mas sí de *borroncar* un modesto ensayo de estudio sobre esta horrible al par que aterradora y lastimosa enfermedad; en la que se admira el maravilloso poder del principio vital, encerrado en una mutilada masa casi informe y podrida, luchando contra un enemigo tanto más poderoso, cuanto que no es completamente conocido, por más que la multitud de teorías sobre el particular nos lo quieran hacer creer.

Muchas veces he querido no publicar este pequeño trabajo, por temor de malos críticos, pero algunos de mis profesores amigos me han estimulado y casi obligado á hacerlo: á estos me atrevo á dedicarles este ensayo.

Definición, sinonimia, historia, etiología, anatomía y fisiología patológicas, diagnóstico, sintomatología, complicaciones, duración, terminación y tratamientos de la "Lepra", son los puntos sobre los que algo consignaré, haciendo llamadas á las observaciones prácticas que irán descritas en su respectivo lugar. [*]

El indulgente lector acogerá lo bueno, si lo halla, disimulando al propio tiempo los errores, naturales en un trabajo de esta clase y más si se atiende á los innumerables obstáculos con que he tenido que luchar. Mi intención es buena, ser algo útil; lo demás que se diga no me importa.

Quito.—1889.

J. R. G.



PEQUEÑO ENSAYO DE ESTUDIO SOBRE LA LEPROSA.

I DEFINICIÓN Y SINONIMIA.

La Lepra ó Elefancia de los griegos es una enfermedad parasitaria crónica, caracterizada por la producción de neoplasias llenas de bacilos, que se desarrollan de preferencia al nivel de los tegumentos, (mucoso y cutáneo) al nivel de los nervios, en los ganglios linfáticos y en ciertas vísceras, produciendo alteraciones profundas de nutrición.

Hay tres clases de lepra, á saber: 1^a lepra tuberculosa ó nudosa; que se la podría llamar lepra tegumentaria, por tener su asiento en los tegumentos, vasos y ganglios linfáticos correspondientes: 2^a lepra anestésica ó trophoneurótica, localizada en los nervios; se la podría llamar lepra nerviosa: y 3^a lepra mixta ó completa, en la que las neoplasias ó *lepromas* se localizan en todo el organismo, y en la que las lesiones y síntomas se combinan, después de un tiempo más ó menos variable, según una multitud de circunstancias generales é individuales.—La tercera forma de lepra, combinación de las dos primeras, la lepra mixta, representa el tipo completo de la lepra ó elefancia de los griegos.

[*] Muchos de los conceptos emitidos en este ensayo no me pertenecen exclusivamente, los he tomado de varios autores de gran crédito.

El gran número de clasificaciones de los autores antiguos y algunos modernos, (como de lepras bulbosas, nudosas, tuberosas magna y miliar, maculosas magna y punteada, blancas, negras, bronceadas, lazarinas, ulcerosas, pemphigoideas, psoriásicas, mutilantes, hipertróficas, atróficas, anestésicas, hiperestésicas, & &), no son sino fases distintas y variadas en la evolución de las tres formas precedentes; son variedades eruptivas y períodos más ó menos avanzados, que están indicando la lentitud ó rapidez progresiva de esta enfermedad.

Lalepra es de las afecciones cuya sinonimia ha sido mayor; entre la infinidad de nombres con que se le ha designado, citaré los siguientes: leontiasis, elefantiasis de los griegos, lepra de los árabes, spedalskhed (Noruega), morphea, aussatz (Alemania), satyriasis, mal rojo de Cayena, morbis bíblicis, sclerodermia, melatichheid (Holanda), zaraath, (antiguo Testamento), malum mortuum, fa-fung de los chinos, mal de San Lázaro (España), elefantiacos, leprosos, lázaros (Quito), enfermos (varias provincias del Ecuador) & & & .—Parece que la denominación que debiera conservarse es la de "Lepra", derivada del latín *lepra, leprosy*.

II HISTORIA.

El origen de la lepra está escondido en la oscuridad de los tiempos. La historia del pueblo judío, los libros de Moisés (Levítico) nos hablan de ella: este gran legislador mandó que los leprosos estuviesen en completo aislamiento y les impuso ciertas leyes de verdadera higiene, les prohibió el uso de las carnes de cerdo, de los alcohólicos & . El sabio Atreya hizo constar la "Kushta" ó lepra en las Indias en el Rig Veda Sanhita, 1500 años antes de Jesucristo. Areteo fué de los primeros en describirla minuciosamente; entonces se la confundía con la lepra vulgar de los árabes (elefantiasis de los árabes) y con la sífilis en sus períodos avanzados.—La elefantiasis griega casi fué desconocida en la era hipocrática, su propagación se hizo notar desde Alejandro el grande. En la época de Pompeyo se la conoció en Italia. Areteo la describió en el primer siglo de la era cristiana, tomando datos indicados antes por Galeno y Celso: después el Poeta Lucrecio aseguró que esta enfermedad nació en Egipto á orillas del Nilo. En la edad media, después de las cruzadas fué cuando esta afección invadió la Europa. En Arabia, antes de la llegada de los Israelitas no había ni un leproso: 600 años antes de Cristo, los Persas tomaron medidas de expulsión y aislamiento de los leprosos (Suscutas). Parece que la Grecia fué de los primeros países infectados (por el Asia menor y talvez por Egipto).

Aristóteles fue el primer escritor griego que habló con precisión de la lepra 345 años antes de Jesucristo. Un siglo antes de la era cristiana la Italia estaba invadida por este mal, de don-

de fué propagándose lentamente por toda la Europa, importada probablemente por la armada romana: por consiguiente los dos focos principales fueron la Grecia y la Italia, en seguida quedaron invadidas la Lombardia, España, Francia, Alemania &.

Virchow en 636 habló de los lazaretos (leproserías) de Metz, Verdun Maestricht &. En 757 el Rey francés Pépin y Carlomagno en 789 declararon que la lepra era uno de los casos de nulidad del matrimonio. En 950 fué infectada la Inglaterra. En el siglo XIII había en Francia más de 2000 leprosos y es bien sabido que entonces existía una orden de caballeros que piadosamente se habían consagrado á servir á estos infelices. En esta época los leprosos eran tenidos por la Iglesia y los fieles, como sagrados y predilectos de Dios; de ahí el gran cuidado, solicitud y hasta veneración que se les profesaba; la Iglesia tenía con ellos un vivo y tierno interés, les proporcionaba todo aquello que necesitaban, dándoles un asilo, que al mismo tiempo les separaba de la sociedad, impidiendo de este modo la propagación del misterioso mal. Todo leproso era encerrado en su asilo, acompañado de mil ceremonias religiosas, cánticos sagrados &. &. , produciendo hasta envidia en los sanos que presenciaban la enclaustrada: los enfermos salían de su asilo cada año, por pascua florida y se les permitía recorrer la ciudad algunos días y tomar parte en los regocijos cristianos. Todos los respetaban y admiraban, Roberto, rey de Francia, los visitaba frecuentemente: San Luis los trataba con amistad verdaderamente fraternal, les besaba las llagas, les aseaba; lo mismo hacía Enrique III de Inglaterra. Santa Catalina de Sena, cuidaba de los leprosos, lababa sus úlceras y ella misma los sepultaba; se dice que sus manos fueron contagiadas y que milagrosamente se sanó. En fin sería largo referir los hechos notables de esta clase, en que con caridad verdaderamente cristiana, á porfía se dedicaron á favorecer á estos infelices; citarémos á San Francisco de Asis, Santa Clara, Santa Odila de Alsacia, Santa Judit de Poloña, San Edmundo &. Santa Isabel reina de Hungría, San Francisco Javier, Santa Juana de Chantal. ¡Dichosa influencia de la religión, que daba tan benéficos resultados en épocas todavía bárbaras!

Hacia el siglo XV la lepra comenzó á disminuir en Europa, por razón de las severas medidas de aislamiento que se tomaron y que escrupulosa y rigurosamente se observaron, como sucedió en Alemania, Francia, Inglaterra, los Países-Bajos &. En los lugares donde no se tomaron estas precauciones, la lepra cundió, como en Noruega, Italia, Portugal, España &.

Alibert estudió el carácter de la elefancia griega y la clasificó en tres especies, á saber: la lepra callosa, la crustácea y la tuberculosa. Los griegos, romanos y árabes dieron á la lepra variados nombres, á causa de las variedades que observaban. Schilling, médico belga, la consideraba endémica entre los árabes y los de Egipto, de donde pasó á la Abisinia y Etiopia, en que las

condiciones topográficas y climatéricas favorecían su desarrollo y propagación. De la Etiopía pasó á las colonias holandesas de América, importada por los esclavos africanos. En la colonia Surinam se propagó más que en la América del Norte, á consecuencia del clima, calidad de alimentos y más que todo, á la falta de aseo y las relaciones frecuentes con los negros. Los invasores europeos llevaron consigo á las Américas, á las Antillas &c., no sólo su crueldad, sus costumbres, sus vicios, sus exesos, su aguardiente, más también sus enfermedades, su lepra.

Los indios de la América del Norte, los salvajes del Brasil, que evitaron todo trato con los invasores, se conservaron libres de la lepra; por el contrario donde la raza india se mezcló con la extranjera, la lepra se vulgarizó, como en Méjico, Venezuela, la Trinidad, las tribus de los Caribes, los Warrow, los Arrowak. Mas tarde invadió la lepra á las islas del Océano Pacífico. En 1848 que comenzó la inmigración china, raza infectada de lepra, fué cuando apareció como epidemia en las islas Sandwich, en donde en menos de 50 años, se propagó de tal manera, que casi la 14.^a parte de los habitantes de este desgraciado país fueron leprosos. Después hubo casos de lepra en los Estados Unidos y el Canadá, importada por la emigración de Noruega por el Atlántico y por la emigración china por el Pacífico. Los médicos ingleses del Canadá y los de los Estados Unidos, aconsejaron á los gobernantes que se aislara á los enfermos para evitar el contagio, como en efecto se consiguió. La lepra seguía, pues, las grandes corrientes humanas bélicas y comerciales, dejando por donde pasaba gérmenes de la nueva entidad morbosa, produciendo el pánico en las poblaciones tocadas, como sucedió en las Guayanas francesas, inglesas y alemanas; en estas últimas el aislamiento produjo magníficos resultados, no así en las otras, en que criticaron á los gobiernos respectivos de bárbaros y perseguidores de la libertad individual; el fruto de la complacencia de estos gobiernos, no atacando la libertad (como se decía), fué el aumento prodigioso de la infección; un ejemplo nos dá la propagación de esta enfermedad en Madagascar y últimamente en la isla de Mauricio y la Reunión.

Las inmigraciones á las Américas aumentaban día á día y con ellas, cual la sombra al cuerpo, le seguía la temida lepra; pronto se esparció por la América central y la América del Sur. En casi toda la costa de las repúblicas Sud-americanas habían casos de lepra, de donde se esparció por la sierra, apareciendo en mayor número en los países calientes y en los pueblos del interior en que sus habitantes á más de no tener ninguna higiene, carecían de alimentos y usaban aguas cenagosas estancadas. En el Brasil la elefancia griega se propagó en Maranhao, Pará, Pernambuco, Bahía, Paraná y Río Janeiro: las Indias ó tribus salvajes del Brasil quedaron ilesas. Después fueron más ó menos numerosos los casos de lepra en Uruguay, Panamá, Venezuela,

Nueva Granada, Ecuador. En esta última república no se había visto ni un solo caso hasta el año de 1768. Después de este año se presentaron uno que otro caso no bien determinado, en las ciudades de Guayaquil y Esmeraldas: mas tarde en Loja, Cuenca, Ambato, Quito é Ibarra.—El Hospicio de la capital del Ecuador, que en 1767 fué edificado para noviciado de los Jesuitas, en 1785 fué dedicado para asilo de pobres y de enfermos de viruelas y otras enfermedades contagiosas. El Ilustrísimo Señor Obispo de Quito Don Blas Sobrino Minayo, y el Señor Villalengua y Marfil fueron sus fundadores. En 1785, cuando el Señor Don Joaquín Tinajero fué administrador del Hospicio, habían allí unos cuatro leprosos (llamados entonces lazarinos); de los cuales el primero que fué asilado en esa casa de beneficencia fué un Señor Zorra, militar venezolano. En ese tiempo se curaba las úlceras de los leprosos con cocimientos aromáticos. En ese mismo año los médicos doctores Bernardo Delgado y Miguel Morán dieron un informe, apoyando la construcción del Hospicio; decían que era el lugar más adecuado para el asilo de los mendigos y los enfermos contagiosos. En el año 1787 era el administrador de esa casa el Señor Don Rafael Antonio Jatis y entonces los leprosos estaban en unión de los afectados de viruelas en un mismo departamento. En 1793 el administrador Don Francisco de Borja y Larruspuro, después Don Mariano Salazar y en 1796 don Vicente Melo, indicaron que sería bueno formar habitaciones separadas para los leprosos; en efecto se señaló un cuarto á tres leprosos que había, entre estos uno era pariente del administrador Salazar. En 1811 existían en el Hospicio nueve leprosos; en 1829 habían diez y siete. Después fué creciendo lentamente el número de los elefanciacos, á causa de que se traían á la capital los leprosos de las demás provincias. En ese tiempo el Doctor Arévalo (médico) murió leproso después de haber asistido, á algunos de este mal. Por los años de 1843 el Doctor Echeverría fué nombrado médico de los leprosos en Cuenca y más tarde en Quito, donde murió leproso, dejando dos hijas igualmente enfermas: se dice que este Doctor cometía mil imprudentes abusos, asegurando el no contagio de la enfermedad. En la época en que fué Presidente de la República del Ecuador el Señor Rocafuerte habían más leprosos de ambos sexos y estaba mandado el aislamiento; si bien es verdad, que no se tomaban las medidas necesarias para evitar el contagio; pues los leprosos engordaban cerdos y gallinas para venderlos en la ciudad; constantemente se encontraban á los leprosos en las fondas ó pequeños hoteles comiendo en unión de otros sujetos sanos: en el mismo Hospicio tenían diversiones y festejos á los que eran convidados y asistían los sanos sin ningún recelo: merced, talvez, á la benignidad del clima de Quito, no cundió la enfermedad como debía; los leprosos de entonces eran pocos de la ciudad, la mayor parte eran de fuera.

Se dice que después infundieron un terror general y temor de contagio; tanto que se cree que el Presidente Rocafuerte quiso fusilar á todos los elefanciacos para exterminar la lepra; lo que sí fué cierto es, que proyectó formar una casa de leprosos en el punto denominado Piedrahíta, (hoy propiedad de la familia Ponce) situado por detrás de la altura de Ichimbía, lugar muy adecuado para este objeto.

Algún tiempo después y cuando habían en el Hospicio de Quito asilados unos cuarenta y tres elefanciacos, el Señor Doctor Rafael Barahona, se dedicó, con el afán y entusiasmo característicos en tan eminente como sabio profesor, á tomar observaciones prolijas y datos anamnésticos sobre la etiología que los enfermos acusaban y sobre lo más que juzgó investigar, con relación á esta enfermedad.—No con poco trabajo logró sacar copias fotográficas de algunos enfermos. El Doctor Barahona ha sido uno de los pocos médicos, que en Quito han tomado observaciones y hecho apuntamientos que debieran publicarse.

En los siguientes años el aumento de los leprosos no era muy considerable, hasta el año 1880 en que hubo 29 hombres, y 24 mujeres leprosos. En 1883 ascendió á 60 el número total: en 1884 á 61. En los demás años hasta 1888 no ha pasado de un número de 64, de los cuales un 50 por 100, más ó menos eran hombres. Esta cifra es casi constante, porque las bajas de los que mueren [cuatro ó cinco por año] son reemplazadas por los nuevos que entran más ó menos en igual número al año.—Véase el cuadro estadístico de los leprosos que están actualmente en el Hospicio de esta ciudad.

En la ciudad de Cuenca existe también un considerable número de leprosos, que tenían su casa en una como isla "el jordán", lugar que proporcionaba algunas comodidades á los enfermos; pues gozaban del aire libre del campo y demás condiciones favorables propias de esa localidad. Los enfermos se ocupaban de la agricultura, tenían buenas dehesas, donde engordaban ganado, para venderlo á muchos sanos que sostenían ese negocio, lo mismo que de la variedad de frutos agrícolas. Hoy se mejora las condiciones de aislamiento de los elefanciacos y ya se piensa en someterlos á un tratamiento adecuado para siquiera aliviarlos de los crueles sufrimientos de que son víctimas.

En Quito se trabaja una casa especial y lo mejor acondicionado que se pueda, para que habiten exclusivamente los leprosos. Aunque la localidad no es de lo más adecuada, con todo parece que gozarán de mejores condiciones higiénicas, que por ahora no las tienen, sin embargo de lo mucho que se hace en bien de ellos. La conferencia de San Vicente de Paul, que ha tomado á su cargo esa casa de beneficencia, no omite nada por aliviar de su situación y males á los que sufren; tanto más, cuanto que encuentran placer en hacer el bien. Hoy tiene ese establecimiento una regular botica, un médico y asistencia muy buena; pues está á

cargo de las RR. Hermanas de la Caridad, que les prodigan sus auxilios y cuidados en todo lo que han menester, con caridad propia y característica de ese grupo de *mujeres ángeles*, que se han constituido en verdaderas madres de la caridad, sirviendo de positivo consuelo á la desgracia y haciendo llevadero el sufrimiento de esos infelices enfermos reunidos en el Hospicio y Hospital de San Lázaro.

III ETIOLOGÍA.

Las causas de la lepra son numerosas y variadas y algunas verdaderamente hipotéticas. Sin embargo de las opiniones encontradas de los autores, que se han ocupado de esta enfermedad, parece que ninguno ha negado el influjo de las causas siguientes: la herencia, mala y escasa alimentación, uso exclusivo de pescados salados, de mariscos, aceites de oliva ó de sésamo, carnes descompuestas ó ahumadas, carnes de cerdo, la alimentación grasa, el uso de quesos muy salados y algo alterados, las bebidas alcohólicas, el uso de aguas estancadas, las grandes oscilaciones de temperatura, las temperaturas extremas, la habitación á orillas del mar y de las grandes corrientes de agua; las emociones morales, las violencias exteriores, las enfermedades anteriores, la falta de aseo, & &. —Independiente de estas causas, unos pocos han considerado á la lepra como un castigo del pueblo judío por la violación de la ley, como un verdadero furor de la Divinidad; otros como una muestra de predilección, como una señal del favor del cielo, & &.

Gran importancia se ha dado y se dá á todas y á cada una de las causas citadas, cuyo influjo predisponente no lo niego; pero á mi modo de pensar ninguna de estas causas [excepto la de herencia], consideradas solas ó en conjunto no podrán jamás dar origen á un caso de verdadera lepra en sujetos no predispuestos; apoyan mi opinión las reflexiones siguientes:

En las tribus salvajes de los indios americanos, en los pueblos localizados á orillas del mar, entre los habitantes de los grandes valles en que carecen de agua potable, entre los antropófagos, entre los provincianos que usan exclusivamente la carne de cerdo & &. no se ha observado un solo caso de lepra en la innumerable serie de años de existencia de estos pueblos: principió la inmigración, comenzó el trato comercial con los extranjeros, se inició el cruzamiento de la raza indígena con la extranjera y aparecieron los leprosos en más ó menos número. Muy cierto es que las condiciones climatéricas, telúricas é higiénicas influyen poderosamente en su propagación y que [talvez?] el bacilo de la lepra necesita de muchas condiciones generales y particulares, locales é individuales para propagarse. Talvez sea á la manera de una simiente, que para nacer, crecer y fructificar necesite de una multitud de condiciones favorables; que faltando algunas

nunca dará fruto, germen de propagación, aunque nazca, crezca y á veces dé flores aunque *vanas*, según expresión vulgar [?]

No hay necesidad de insistir sobre este asunto, las diferentes causas higiénicas y las más señaladas por los autores, son absolutamente insuficientes, ya sean solas ó consideradas simultáneamente y en conjunto, para producir la lepra. Estas causas, pueden, talvez, preparar el terreno y obrar en ciertos casos como *causas predisponentes*, jamás serán *causas eficientes*, ni crearán la lepra.

Indicaré sumariamente estas causas higiénicas predisponentes.

I.—La alimentación defectuosa, mala ó insuficiente.—Muchos han dado gran importancia á esta causa. Unos al uso exclusivo de pescados, sobre todo salados y alterados; otros al exclusivo uso de carnes de puerco, salados ó no, al uso de leches ácidas ó medio descompuestas, al pan de centeno, á las patatas, á frutas tiernas & &. Verdad, si es, que estas sustancias no atraviesan impunemente el aparato digestivo, producen las más veces gastritis ó enteritis, pero la lepra, no he sabido.—En cuanto al uso de la carne de cerdo, he tenido ocasión de observar que hay muchos pueblos del Ecuador, que sólo se alimentan de cerdos; pero también he visto, que en estos lugares, á más de no conocerse ninguna condición higiénica, viven en comunidad con estos animales y otros mas, sujetos á la respiración viciada y azas infecta de las heces fecales, orinas &. de estos inmundos irracionales. He observado además, que la lepra ataca con preferencia á los cerdos, los que, es seguro, llevan el germen de contagio á los miserables habitantes de estos desgraciados pueblos.

Frecuentemente han sido conducidos á la Policía de esta ciudad cerdos leprosos, que yo he aconsejado darles muerte y enterrarlos profundamente, para que no aprovechen de esa carne algunos indigentes, que á porfía los pedían.

El uso exclusivo de pescados es otra causa de la lepra, invocada por muchos; pero haré notar que los pescadores de Tierra-Nueva y muchas otras poblaciones exclusivamente Ichthyóphagas no han tenido jamás entre ellos un caso de elefancia.

En cuanto á la alimentación defectuosa, diré: que los pobres indios de las Américas, los indigentes de Australia &. no han tenido lepra, ántes de las inmigraciones, y bien sabido es el modo de alimentarse de estos habitantes. En la parroquia de Zám-biza, pueblo cercano á esta ciudad, en que sus numerosos pobladores carecen de buena alimentación y de otras condiciones de salubridad, no he sabido que se haya visto un sólo elefanciaco.

El Doctor Golschmidt que largo tiempo estudió la lepra en la isla de Madera, se expresa así: "Hasta el año de 1885, que he estudiado esta enfermedad, puedo asegurar que las malas condiciones de alimentación no puede admitirse como elemento etiológico: al contrario en Lao-Goncado, aldea situada al

este de Funchal, sus moradores son exesivamente pobres, se alimentan mal y de batatas, coles, pescados podridos & y allí no hay lepra".

Los resfriamientos y cambios bruscos de temperatura son otras de las causas citadas por algunos autores. En Noruega, en que hay muchos leprosos, hay lugares en donde sus habitantes están expuestos á estas causas y no hay casos de este mal; lo mismo puede decirse de algunas ciudades y pueblos europeos y americanos. ¿Cómo puede acusarse á estas causas la lepra de la isla de Madera, de Rhodas, de Sandwich &. ?—Entre los habitantes de la Tierra-de-Fuego, existen reunidas todas las condiciones antihigiénicas mencionadas; suciedad, como en ninguna parte del mundo, carencia de vestidos, variaciones bruscas de temperatura; alimentación insuficiente, malísima, viciada; basta decir que se alimentan de mariscos y pescados más ó menos secos, prefieren comer á sus mujeres viejas y cuidan de los perros, porque dicen que estos les son más útiles para la caza; reciben como un especial regalo el hallazgo de una ballena podrida &. y en este lugar jamás se ha presentado un caso de lepra.

Sería pueril admitir la generación espontánea de la lepra, como consecuencia de las malas condiciones higiénicas ya citadas. Repito que hay países en los cuales hay completa carencia de higiene y con todo no ha habido un solo caso de elefancia griega, como en una que otra parte de Noruega, de Palestina, entre los salvajes de la América del Sur, en las poblaciones de los bosques orientales del Ecuador, entre los Esquimales, las aldeas polonesas, sibéricas &.—Todo lo contrario, en algunas familias distinguidas y ricas de las principales ciudades, como París, Londres, Italia, Lille, Venezuela, Santiago de Chile, Popayán, Cuenca, Ambato, Quito &., ha habido leprosos que jamás pudieron acusar á la falta de higiene, la aparición de su mal. La mala-higiéne, por defectuosa que sea, no puede producir la lepra. La elefancia griega no es un mal de la miseria, ni afecta sólo á las clases pobres y desgraciadas. Hardy, autoridad muy respetable, decía exactamente lo mismo en octubre de 1885, cuando hablaba á la academia de medicina.

(Continuará).